

Uno frente al otro

Correspondencia filosófica

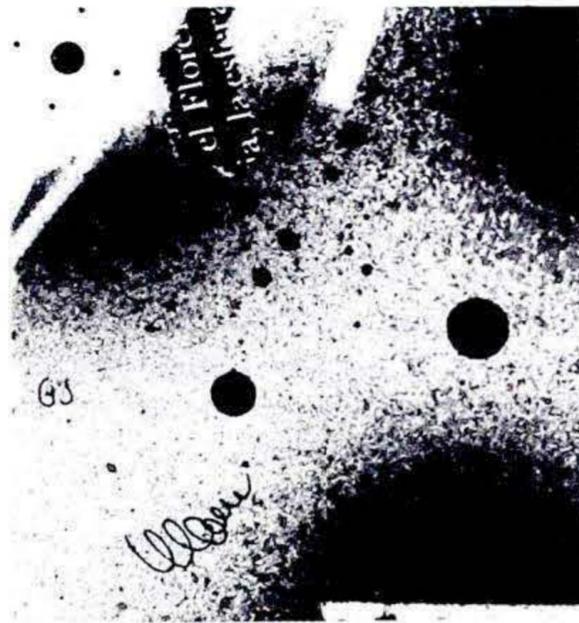
Julio Enrique Blanco — Luis López de Mesa
 Compilación, prólogo y notas de Julio Núñez M.
 Ediciones Uninorte, Barranquilla, 1987,
 158 págs.

En buena hora la Universidad del Norte ha publicado la presente obra. Ella se constituye, en efecto, en fuente imprescindible para los actuales investigadores del desarrollo de las ideas filosóficas en el país. Ella nos da a conocer el diálogo ininterrumpido durante cincuenta años de los dos pensadores que, en un medio ajeno al quehacer filosófico, se replantearon los problemas filosóficos con el propósito expreso de liberar nuestra cultura de su orientación marcadamente sacral y literaria, convencidos ambos de que Colombia estaba en capacidad para adelantarse a otros países como Brasil, México o Argentina en aportaciones significativas a la cultura universal. “Ya es hora — escribe López en 1939— de que Colombia inicie en el continente iberoamericano la elaboración de ideas atrevidas que la coloquen en trance de personalidad pensante y no meramente comentadora o, peor aún, de ajenas culturas” (pág. 41).

Independientemente de la valoración de sus ideas y de sus convicciones, especialmente de Blanco, de haber logrado la estructuración de un verdadero “sistema” filosófico, es innegable que a ellos se les debe, en buena parte, la secularización de la cultura colombiana y el asentamiento de las bases para la actividad filosófica que, en forma más orgánica, comenzó a desarrollarse en la década del cuarenta.

Las cartas nos ofrecen la posibilidad de recrear el contexto cultural del país en los primeros decenios de este siglo; conocer las motivaciones y las circunstancias de cada uno de sus escritos; y valorar la actividad desplegada por ellos en el campo de la educación en vista de plasmar sus proyectos de cambio cultural. Vale la pena destacar la intención de López de crear un Centro de Estudios Supe-

riores de Humanidades en el Colegio Mayor del Rosario, en donde la “escuela” de monseñor Carrasquilla había formado la mentalidad de varias generaciones colombianas, de acuerdo con los esquemas escolásticos. Según López, era precisamente Blanco quien debía orientar este centro: es “ya hora de hacerlo, porque estamos en una grande empresa cultural los que somos sus amigos y compañeros de preocupaciones ideológicas y nacionalistas” (pág. 28).



Es bien sabido que el controvertido pensamiento de Blanco en su mayor parte permanece inédito, comenzando por la obra que, según él, contendría la exposición de su “sistema” o aquella otra dedicada al estudio comparativo de los sistemas filosóficos y que constaría de catorce volúmenes (!). Lo publicado por Blanco fue relativamente muy poco y, en buena parte, como se desprende de la correspondencia, gracias a la insistencia y buenos oficios de López. De aquí la dificultad para juzgar su pensamiento. López tenía claridad sobre esta dificultad: “Insisto —le escribe— en la necesidad de que ‘codifique’ en libro algunos de sus trabajos filosóficos, pues la gente no puede hallar informe adecuado de su pensamiento en la forma dispersa en que se halla” (pág. 60). El maestro tenía claridad, igualmente, sobre la dificultad que representaba el estilo de Blanco, al cual critica a lo largo de toda su vida: “estilo ‘monolístico’ muy lleno de cláusulas, de proposiciones explicativas, especificativas y expletivas, que la alargan y tornan

difícil de aprender” (pág. 43). Lo anterior puede explicar por qué Blanco en 1964 considerara que López era “el único lector ‘ideológico’ que yo tengo en Colombia” (pág. 114) y que aprovechara sus cartas para convertirlas en apretadas síntesis de su pensamiento e, inclusive, en verdaderos ensayos.

Confidente de todas las inquietudes filosóficas de Blanco, el maestro López de Mesa no tenía inconveniente en reconocer que la autoformación filosófica de aquél era más completa que la suya y que, por consiguiente, él era el indicado para darle un viraje al pensamiento colombiano: “a usted y a mí — escribe en 1939— nos corresponde gran cometido en esta tarea; lo sabemos. Lo que no significa que presumamos de genios de tamaño creación, pero sí de elementos catalíticos, de excitantes conscientes de una necesidad y de una oportunidad indeclinable. Ud. podrá ir más lejos y más atinadamente que yo: su devoción indeficiente por estas materias y su envidiable preparación en ellas, así lo garantizan” (pág. 41).

De hecho, los deseos de López sólo fueron satisfechos en mínima parte. La correspondencia nos permite conocer las muy variadas razones que aducía Blanco para no publicar o para no desempeñar la cátedra: quebrantos de salud; inclinación natural al ocio (al *dolce far niente*); insatisfacción con el contenido de su pensamiento y con su estilo; dificultad para expresarse en forma clara y puntual: “si yo me pongo a escribir —leemos en carta de 1960— mis pensamientos se me complican infinitamente y se me van espacios sin límites” (pág. 114); su satisfacción en el sólo pensar y escribir para sí (pág. 61); en fin, la falta de ambiente y la inmadurez intelectual del colombiano, el cual vive, según él, en “una eterna adolescencia”. En relación con esta última excusa, citemos todo un texto: “hasta ahora yo no he encontrado en Colombia una mentalidad que exceda al desarrollo que se obtiene a los veinte años. El viejo aquí siente y piensa como el adulto, el adulto como adolescente. El gran progreso mental, el que lentamente

se inicia a los veinte años para comenzar a fructificar a los cuarenta, no se ha dado aún en Colombia. Y, si esto no es un engaño de mi parte, ¿para quién, entonces, quiere escribir usted?" (pág. 21).

Uno de los aspectos más interesantes y positivos de los dos pensadores, que se pone de manifiesto en esta correspondencia, es la actitud crítica y autocrítica del uno frente al otro. En las cartas de Blanco encontramos un análisis severamente crítico de cada una de las obras del maestro López de Mesa a medida que ellas fueron apareciendo, análisis crítico que, en buena parte, se fundamenta en las dos personalidades que él cree encontrar en el maestro: el esteta y el científico, el intuitivo y el discursivo, el vidente y el racionante; predominando, sin embargo, el primero sobre el segundo (cfr. págs., 15, 16, 17, 41, 65). Esto explicaría la falta de unidad y coherencia en la obra de López (págs., 20, 25); como también, la falta de precisión (pág. 13), las vagas generalizaciones y "el desbordamiento imaginativo sobre el austero razonar que la filosofía exige" (pág. 65). López lo reconoce: "le confieso que tiene sobradísima razón" (pág. 65); "una intuición maravillosa tuvo usted al sentir en mi obra un conflicto entre ciencia y estética: en verdad eso me ha hecho sufrir indeciblemente" (pág. 17).



Por su parte, López somete a su juicio crítico la obra de Blanco, cuyas ideas estaban muy alejadas de su propio pensamiento. De manera especial le critica su estilo, al que compara con el de Quevedo. Finalmente no deja de aconsejarle el atemperar

los términos para referirse a ciertos autores. Así, por ejemplo, frente a los epítetos usados en relación con Heidegger, le escribe: "por la fraternidad con que los obreros de la cultura debemos tratarnos, máxime cuando el error es nuestra heredad común o riesgo casi ineludible" y "por las virtudes intelectuales tuyas y magisterio eminentísimo en su esfera [...] convendría atemperar un poco los términos de calificación" (pág. 105).

Para terminar, quisiéramos hacer algunas anotaciones críticas. La edición no abarca toda la correspondencia sostenida por los dos pensadores. El compilador, de acuerdo con criterios que él enuncia en su prólogo, de la abundante correspondencia sólo escogió 129 cartas. No nos dice, sin embargo, cuántas cartas en total se cruzaron. Por otra parte, el contenido de las publicadas nos hace sospechar que toda la correspondencia tuvo un carácter de diálogo intelectual y que, por consiguiente, toda ella podría tener importancia para una historia de nuestro desarrollo cultural. Inclusive, de acuerdo con los criterios enunciados, se comprueba la ausencia de algunas cartas valiosas. Por ejemplo, en la carta núm. 39 López se refiere a una extensa carta de Blanco en la cual éste le hizo el análisis crítico a *Disertación sociológica*. ¿Existe esta carta o no se encontró?

En algunas cartas se nos indica que hay palabras o frases "ilegibles". Dado que la edición fue preparada estando aún Blanco entre los vivos, ¿por qué no se aprovechó su colaboración para llenar estos vacíos? ¿por qué, por otra parte, en las notas no se citan las obras bajo un mismo criterio?

A veces, en efecto, se cita la primera edición; en otras, se cita una edición reciente, sin que esto se justifique.

Finalmente, dado el contenido de las cartas, consideramos que en una futura edición se podría pensar en un índice analítico que facilitará su utilización. Este índice podría indicar, por ejemplo, los lugares en donde se encuentran análisis críticos de las obras y trabajos publicados por los dos pensadores.

Las anotaciones anteriores no demeritan el trabajo del compilador, y estamos de acuerdo con él cuando afirma que es difícil hallar en Colombia "una correspondencia de la talla que aquí se ofrece".

DANIEL HERRERA RESTREPO

Espacios vivenciados

Etnoastronomías americanas

Jorge Arias de Greiff — Elizabeth Reichel D. (Comps.)

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987, 279 págs.

El presagio es un recurso muy antiguo de conocimiento, explorado artísticamente por las sociedades americanas desde tiempo inmemorial. Este es uno de los primeros conocimientos reseñados respecto al saber de los pobladores ancestrales de las Antillas y del continente. El primer cronista y etnógrafo en América, el ermitaño catalán Ramón Pané, en 1496 comenta y documenta el hecho de la predicción de los taínos respecto a la "llegada de la gente vestida" ("gente blanca") que impartiría terror y etnocidio¹. Este presagio, compartido en los diversos espacios de cultura americanos, muy seguramente correspondió a lecturas cosmogónicas configuradas en el saber chamanístico, atinentes al mismo orden del saber en el que es posible prefigurar dicciones respecto a acontecimientos de carácter natural, como lo meteorológico y cósmico, para prescribir las posibilidades de invención endocultural. Así, el espacio es vivenciado en invención continua en el instante mismo en que se genealogiza la discursividad mitogónica: el espacio es recorrido, viajado, y en su

¹ Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, (Versión de José Juan Arrom), México, Siglo XXI, 1974, pág. 48.